



## Lectura, confesión y relato. La mirada del otro en La Zarpa de José Emilio Pacheco.

**Gregorio Valera-Villegas.**

Universidad Simón Rodríguez y CELARG.

[valmad@reacciun.ve](mailto:valmad@reacciun.ve)

### Resumen.

Se trata de presentar, en primer lugar, el acto de leer como un ejercicio hermenéutico, es decir, como un dejar hablar una vez más un texto. En segundo lugar, se intentará mirar la lectura como ejercicio de dar la palabra, la palabra polisémica, y como recogimiento en lo no dicho de lo dicho (en el juego del lenguaje, la verdad y la libertad). En tercer lugar, es un encuentro en el cual se pretende propiciar una práctica hermenéutica que implique la comprensión del tiempo y el relato y a la confesión como género y como acto. Finalmente, es un dejar hablar una vez más un texto literario, el relato *La zarpa*<sup>1</sup> de José Emilio Pacheco, el cual, como pretexto, nos permitirá seguramente desplegar un dispositivo de lectura, desde una perspectiva hermenéutica, la *escritura del centro* de María Zambrano.

### I. Introito: La confesión, de la penitencia al relato de lo vivido.

Recordemos a aquellos pecadores–penitentes, entre los que nos contábamos, cuando nos acercábamos – en tiempo de semana santa especialmente- al confesionario de la iglesia de nuestra parroquia y, de rodillas o sentados, según el caso, nos persignábamos, y después de decirle al sacerdote el tiempo que hacía que no nos confesábamos – aproximadamente o mediante una mentirita dulce-, procedíamos a contarle aquellas cosas que habíamos hecho y que considerábamos como faltas graves a lo recto y justo, y a lo que prescribía la propia iglesia. Luego, manifestábamos nuestro dolor y arrepentimiento por los pecados – algunas veces más por ritual que por sincero arrepentimiento<sup>2</sup>-. A continuación el cura, cuando de verdad lo hacía de buena fe, nos aconsejaba o animaba, o muchas veces omitía este paso, e iba directo a imponernos la consabida penitencia, que consistía, según la gravedad de los pecados, en rezar algunas oraciones ante el Santísimo o ante una de las imágenes de los santos que hubiere en la iglesia, o la penitencia podía consistir también en una

---

<sup>1</sup> José Emilio Pacheco (1991). *La zarpa*. En Fernando Burgos. *Antología del cuento hispanoamericano*. México: Porrúa, pp.750-753.

<sup>2</sup> Al fin y al cabo considerábamos que los pecados cometidos eran veniales y no mortales. Como bien sabíamos los primeros eran leves o faltas leves a la ley de Dios, los cuales los cometíamos muchas veces por nuestra ignorancia o ingenuidad. Los segundos eran otra cosa, según la doctrina católica, eran pecados muy graves que privaban a quien los cometía de la vida espiritual de la gracia, esto es, enemigo de Dios y podía ser condenado a sufrir pena eterna.

acción determinada en beneficio del agravado por nosotros. Finalmente, el cura nos daba la absolución y nos despedía.

La confesión<sup>3</sup> (del latín *confesio*, -ōnis) en la tradición cristiana, muy arraigada por cierto en Venezuela y en América Latina, de la cual damos cuenta por lo vivido desde niños, tenía –aún lo tiene- casi siempre un carácter privado y secreto, aún cuando pudiera hacerse en público. Ella, por cierto, se considera parte fundamental del llamado sacramento de la penitencia<sup>4</sup>. Jesucristo nos mostró ejemplarmente en la cruz el acto hermoso del perdón, el cual es, sin duda, uno de sus legados más hermosos. No obstante, si de pecado se trata, en muchas ocasiones hemos visto, y posiblemente vivido, la circunstancia de no pedir perdón al otro y también la de no perdonarle.

La confesión es, en otro orden de ideas, acto y relato. Acto humano que obra por voluntad libre y consciente de lo que se va a realizar o se realiza, y por cuanto conlleva un despliegue escénico e involucra un acto de humildad y contrición. Y relato, porque es una narración que un individuo hace de su propia vida ante alguien, con el objeto de explicarla, justificarla ante el otro.

En este trabajo que nos ocupa se trata de propiciar una práctica hermenéutica que implique la comprensión de la confesión como género y como acto. Así como de dejar hablar una vez más un texto literario, el relato *La zarpa*<sup>5</sup> de José Emilio Pacheco, el cual, como pre-texto, nos permitirá seguramente desplegar un dispositivo de lectura, desde una perspectiva hermenéutica, la *escritura del centro* de María Zambrano<sup>6</sup>.

## II. Narrar-le cómo va la vida y cómo me va en la vida, confesión y relato.

La necesidad de narrar proviene de la estructura temporal del ser humano, la acción de narrar va acompañada de la realidad temporal de los humanos. Es el hombre y la mujer ante lo complejo y diverso de las circunstancias, yo y mi circunstancias diría Ortega y Gasset, en las que están inmersos, quienes requieren ir comprendiendo la vida, lo vivido y, de alguna manera, lo por vivir, narrando y escuchando un relato tras otro. En la confesión no se narra lo que las cosas son, a guisa de sermón moralista, sino cómo le va a quien narra con las cosas y con la vida, o con las cosas de la vida. En ella se parte de la necesidad de contar la experiencia temporal propia, para escapar de ella y al mismo tiempo grabar aquello que fue. Así, María Zambrano lo dice de esta manera: *“La confesión tiene también un comienzo desesperado. Se confiesa el cansado de ser hombre, de sí mismo. Es una huida que al mismo tiempo quiere perpetuar lo que fue, aquello de que se huye. Quiere*

<sup>3</sup> Vista de esta forma, en términos teológicos, ella tiene que ver con el re-conocimiento de los pecados ante Dios para obtener la absolución, tanto en el judaísmo y el cristianismo.

<sup>4</sup> Véase a Mateo 16,18 y 19 y Juan 20-21. Este sacramento de la penitencia o de la reconciliación se celebra después del sacramento del bautismo y comprende, como hemos visto, unos actos – oraciones y obras- que realiza el penitente para reparar los pecados que cometió, y la absolución dada por el cura.

<sup>5</sup> José Emilio Pacheco (1991). *La zarpa*. En Fernando Burgos. *Antología del cuento hispanoamericano*. México: Porrúa., pp.750-753.

<sup>6</sup> *Escritura del centro* como lugar metafórico en el cual la palabra recupera la inocencia originaria al unirse al silencio. Así esta escritura se nos presenta como género innovador que sirve para expresar un pensamiento filosófico, racional y poético, la razón poética que se configura desde la perspectiva central de lo sagrado (Presentada en textos como: *Por qué se escribe* y *Filosofía y Poesía*). “Era una escritura que mediante imágenes, símbolos, ritmo y silencio, buscaba abrirse a una realidad presentida, heterogénea y dinámica. Algo que traspasa las lindes de la literatura y de la filosofía”. Ana Bundgaard (2001). Los géneros literarios y la “escritura del centro” como transgénero en la obra de María Zambrano, en: *Aurora Papeles del Seminario María Zambrano*, N°3. Barcelona: Universitat de Barcelona, p.48.

*expresarlo para alejarlo y para ser ya otra cosa, pero quiere al mismo tiempo dejarlo ahí, realizarlo*<sup>7</sup>.

Mucho de ello hay en el siguiente fragmento de *La Zarpa*, en el que Zenobia le confiesa su vida al cura de su iglesia:

Nada volverá a ser igual... le estoy quitando el tiempo, perdóneme. No tengo con quien hablar y cuando hablo... Ay padre que vergüenza, si usted supiera jamás me había atrevido a contarle esto a nadie... Bueno, ya estoy aquí. Después me sentiré más tranquila.

La confesión supone el re-conocimiento de una culpa seguida de una re-conversión, al menos en términos ideales.

La confesión como narración identifica al sujeto en el relato de sus acciones. Es, en parte, la identificación narrativa de la cual nos habla Ricoeur, quien afirma que la identidad del sujeto es identidad narrativa, porque la pregunta por el quién eres, quién soy, se responde narrando una historia, contando una vida. Podemos saber quién es él o ella escuchando la secuencia narrativa de su vida<sup>8</sup>.

La narración y los sueños son consustanciales con el ser humano. Y así la confesión, en María Zambrano, es relato y, como género literario, es una específica forma de sueño, forma primera en que las circunstancias fundantes del hombre se le hacen presentes, como forma primera de la conciencia. De esta manera, la confesión<sup>9</sup>, como manifestación de la vida del alma, es una *“especie de procesión de los sueños objetivados en que el ser humano se revela a sí mismo y busca su lugar en el universo”*<sup>10</sup>.

La experiencia de la literatura en la confesión se caracteriza por la confianza en el “yo”, ese “yo” algunas veces elocutivo, que renuncia a la vida que presupone. Por ello se ha afirmado que *“tanto Rousseau como San Agustín, en la medida en que escriben Confesiones, parten de una situación similar: la vida se ha hecho imposible. Se siente una insatisfacción, una ausencia, un déficit de realidad que al hombre se le hace insoportable aun estando aparentemente en ella”*<sup>11</sup>.

Con María Zambrano en la confesión, como género literario se avanza, sin duda, más allá de la concepción de un relato, tejido por la imaginación creadora, que se aparta de la vida para mejor captarla – como en Rosseau-, convirtiendo la escritura en un recurso para crear una nueva realidad, al mismo tiempo que se huye de ella. La nueva realidad creada de esta manera se pretenderá que sea mucho más real que la propia realidad y aún más vital que la vida misma. Y es aquí en donde el papel cumplido por la filósofa española es crucial en la demarcación de los géneros literarios y entre ellos la confesión. Para la Zambrano los géneros literarios se ubican y distinguen, más allá del estilo y de la temática, por la “necesidad de la vida” que los origina<sup>12</sup>. Esta “necesidad de la vida” diríamos con Ortega, es el fondo sobre el que surgen las formas, los géneros<sup>13</sup> como formas de expresión. Y cada género informa

<sup>7</sup> María Zambrano (2001). *La confesión: género literario*. Madrid: Siruela, p.35.

<sup>8</sup> Véase Paul Ricoeur (1996). *Tiempo y narración. El tiempo narrado*. Vol.III, México: Siglo XXI.

<sup>9</sup> Así como el resto de géneros.

<sup>10</sup> María Zambrano (1986). *El sueño creador*, Madrid: Turner, p.77.

<sup>11</sup> Laura Llevado (2001). *La confesión, género literario: la escritura y la vida*, en: *Aurora Papeles del Seminario María Zambrano*, N°3. Barcelona: Universitat de Barcelona, p.62

<sup>12</sup> Además de la posición del sujeto con relación a la realidad y la vida, el tiempo que establecen o pretenden instaurar, y el significado de la acción que realizan, no solamente en torno a quien escribe sino especialmente a quien lee.

<sup>13</sup> Véase a José Ortega y Gasset (1984), *Meditaciones del Quijote*, Madrid: Cátedra.

sobre la posición de esta vida que intenta expresarse<sup>14</sup>. La “vida” a la cual se refiere María Zambrano no debe confundirse con el insulso vivir<sup>15</sup>, de ella es de la que dan cuenta los sueños. “De ahí que M. Zambrano pueda distinguir también los géneros literarios en función de los “sueños” que encarnan o desentrañan, pues los géneros de creación por la palabra son modos que el hombre, dotado de lenguaje, ha hallado para esclarecer la vida entrañada a través de la producción de una verdad. Pues la vida necesita de la verdad para trascender, de hecho la “verdad” no es sino “el abrirse paso de la vida”<sup>16</sup>. De tal suerte que “cuando la vida está en crisis es que el vínculo entre el hombre y la realidad se ha quebrado, es que entre ambos no media una verdad, y vivir se hace entonces imposible pues la vida se encuentra sin camino para ser vivida”<sup>17</sup>. Es precisamente aquí en dónde se encuentra el momento de la confesión, como género y como acto, porque en ella el hombre o la mujer se descubren en el camino de la identidad. Por ende, es, de acuerdo con María Zambrano, que se trataría de un ensimismamiento y un desprendimiento. “Un desprendimiento, dice la pensadora malagueña, que llega a ser un exorcismo en que el ser aparta y arroja del corazón lo que le entenebrece: una purificación extrema, por tanto: Una purificación que no puede verificarse sino reconociéndose en todos los errores, a partir de alguno, pues que siempre hay algún yerro dotado de capacidad de engendrar indefinidamente, o de multiplicarse alucinatoriamente en la galería de espejos del tiempo sucesivo”<sup>18</sup>.

Esa purificación y re-conocimiento en todos los errores a partir de uno es lo que hace Zenobia en *La Zarpa*, su error expresado en la envidia que siente por su amiga Rosalba. Vamos al relato:

Este encuentro se me grabó en el alma. No podía ir yo al cine, ver la televisión, hojear revistas, porque siempre encontraba mujeres hermosas que se me parecían a Rosalba. Cuando en mi trabajo me tocaba atender a alguna muchacha que tuviera algún rasgo de ella la trataba mal, le inventaba dificultades, buscaba formas de humillarla delante de otros empleados para sentir que me vengaba de Rosalba.

Usted me preguntará, Padre, qué me había hecho Rosalba. Nada, lo que se llama nada. Eso era lo peor y lo que más furia me daba. Siempre fue buena y cariñosa conmigo pero me hundió, me arruinó la vida, sólo por ser, por existir tan hermosa, tan rica, tan todo...

La confesión se presenta como un género y un acto, capaz de transmitirnos una experiencia vital, de narrar un saber de experiencia<sup>19</sup>, un consejo que permita el

---

<sup>14</sup> La preocupación de Benjamín radicaba en la posibilidad de comunicación de la experiencia. Véase a Benjamin, W., *El narrador*, en *Para una crítica de la violencia y otros ensayos. Iluminaciones IV*, Madrid, Taurus, 1991.

<sup>15</sup> La vida, en una lectura zambranianiana, tiene que ver con: esa fuerza interna y sustancial mediante la cual se actúa; con la unión del alma y el cuerpo; con el modo de vida; con las aventuras y desventuras de alguien; con el darse la buena o la mala vida; con el dar la vida por algo o por alguien; con el dar mala vida; con el exponer la vida o arriesgarse a perderla; con la historia de lo vivido. El vivir, por el contrario, tendría que ver con el simple durar, con el estar o existir, con el pasar y mantener la vida.

<sup>16</sup> Laura Llevado (2001). La confesión, género literario: la escritura y la vida, en: *Aurora Papeles del Seminario María Zambrano*, N°3. Barcelona: Universitat de Barcelona, p.64

<sup>17</sup> Ibidem.

<sup>18</sup> María Zambrano (1993), *La razón en la sombra. (Antología)*, Madrid: Siruela, p.264.

<sup>19</sup> En el sentido de María Zambrano (2001), *Hacia un saber sobre el alma*, Madrid: Alianza. Y también en la onda de la interpretación que hace del concepto de Zambrano Jorge Larrosa (2002) Sobre la experiencia y el saber de experiencia en: Jorge Larrosa y otros. *Más allá de la comprensión: lenguaje, formación y pluralidad*, Caracas: Coedición del CDCHT y la Revista Ensayo y Error Universidad Simón Rodríguez. pp.51-62.

nacimiento de la verdad en el lector. Por ello, la confesión necesita tiempo, porque a la vida, cuando está en crisis, lo que le es más urgente es el tiempo. Parsimonia y paciencia para madurar la experiencia, tiempo para dejar que nazca la verdad. En este sentido, *La Zarpa* es un ejemplo emblemático, Zenobia ha tenido el tiempo de toda una vida para construir su confesión y llegar a la verdad. Y así se confiesa:

Yo sé lo que es estar en el infierno, padre. Sin embargo no hay plazo que no se cumpla ni deuda que no se pague. Después de aquella reunión en Santa María esperé más de veinte años. Y al fin hoy, Padre, esta mañana, la vi en la esquina de Madero y Palma. Primero de lejos, después de muy cerca. No puede imaginarse, Padre: ese cuerpo maravilloso, esa cara, esas piernas, esos ojos, ese pelo color caoba, se perdieron para siempre en un tonel de manteca, bolsas, manchas, arrugas, papadas, várices, canas, maquillaje, colorete, rimel, dientes falsos, pestañas postizas... Me apresuré a abrazarla y a besarla. Había acabado lo que nos separó. No importaba lo de antes. Ya nunca más seríamos una la fea y otra la bonita. Ahora Rosalba y yo somos iguales. Ahora la vejez nos ha hecho iguales.

Este relato-confesión nos habla de una vida, o indirectamente de dos vidas -la de Zenobia y la de Rosalba-. Zenobia viviendo momentos de máxima dispersión, confusión y aturdimiento, y que en un momento determinado, a través de la confesión como acto y relato, decide recordar y contar su vida. Ella se descubre a sí misma para encontrarse, desbaratar los encajes de la tela de la vida vivida por ella e incluso de la no vivida, para encontrar la verdad que le permita abrirse paso en su vida, aunque sea al final de la misma. Oigámosla:

Qué injusticia ¿no cree? Nadie escoge su cara. Si una nace fea por fuera la gente se las arregla para que también se vaya haciendo fea por dentro. A los quince años, padre, ya estaba amargada, odiaba a mi mejor amiga y no podía demostrarlo porque ella era siempre buena, amable, cariñosa conmigo. Cuando me quejaba de mi fealdad me decía: "Que estupidez Zenobia, como puedes creerte fea con esos ojos tan grandes y esa sonrisa tan bonita que tienes". Era sólo la juventud. A esa edad no hay quien no tenga una gracia. Desde un principio mi madre se había dado cuenta del gran problema que significaba para mí Rosalba. Trataba de consolarme diciendo cuánto sufren las mujeres hermosas y que fácilmente se pierden....

La confesión – al igual que *La Guía*<sup>20</sup> - es, además de un género literario, un método de transformación de la vida por la re-memoración del vivir. En la confesión que leemos-escuchamos en *La Zarpa*, Zenobia en efecto huye principalmente de sí misma, para terminar aceptando la realidad de la vida misma. Cansada de ser quién es, le basta asumir una culpa –la de la envidia- para mostrarse, sencilla y humildemente, para darse a ver, y de esta manera encontrar una verdad que seguramente llega a transformarla. Y en ese darse a ver, Zenobia le cuenta al cura:

---

<sup>20</sup> La Guía, a diferencia de la Confesión, está orientada al que la lee, es como una epístola; la confesión por el contrario, es el descubrimiento del escritor o confesante. "En ambas esta presente el hombre real con sus problemas y angustias; el pensamiento existe como una dimensión dentro de algo más complejo: una situación vital de la que se quiere salir –la Confesión- o de la que se quiere hacer salir a alguien –la Guía-." María Zambrano (2001), *La "Guía"*, forma de pensamiento, en: *Hacia un saber sobre el alma*, Madrid: Alianza, p. 78.

Mire, Rosalba y yo nacimos en edificios de la misma calle y con apenas tres meses de diferencia. Nuestras madres eran muy amigas. Nos llevaban juntas a la Alameda y a Chapultepec. Juntas nos enseñaron a caminar, a hablar y a leer... mi primer recuerdo de ella es de cuando entramos en la escuela de parvulitos. Desde entonces Rosalba fue la más linda, la más graciosa, la más inteligente. Le caía bien a todos, era buena con todos. En primaria y secundaria lo mismo: la mejor alumna, la que llevaba la bandera en las ceremonias, la que bailaba, actuaba o recitaba en los festivales de la escuela. “No me cuesta trabajo estudiar” decía, “me basta oír una sola vez algo para aprendérmelo de memoria”.

### **Coda: La confesión como tiempo del ser.**

Entre los presupuestos básicos del pensamiento de María Zambrano están: aquel que manifiesta la necesidad de la reconciliación de la razón con la vida, y aquel de la noción de creación, o la que media entre la esperanza y la desesperación y que recrea el nacimiento del hombre interior, como persona humana infinita. Es por ello, que la persona necesita revelarse, confesarse como ser fundamentalmente ético. Esta revelación es relato, confesión, que da su palabra a un interlocutor, y por ser realizada ante un semejante que le confiere sentido es acción reveladora. La interioridad del hombre tiene un centro, el corazón, y es precisamente desde él de donde brota la confesión en un esfuerzo de recuperación de una nueva ventana para el amor. Así ella comienza “por un movimiento de salida, por una laceración, con un acto casi de desesperación, pero es por un motivo de esperanza, porque se tiene la certeza de un interlocutor que recoge el relato, dándole sentido”.<sup>21</sup>

Yo me quedé arrumbada en el mismo departamento donde nací, en las calles de Pino, mientras Santa María comenzaba a venirse abajo, a perder la elegancia que tuvo a principios de siglo. Para entonces mi madre ya había muerto en medio de sufrimientos terribles, mi padre estaba ciego por sus vicios de juventud, mi hermano era borracho que tocaba más o menos bien la guitarra, hacía canciones sobre artistas y prostitutas y ambicionaba ser tan rico y famoso como Agustín Lara. Pobre de mi hermano: acabaron matándolo en un tugurio de Nonoalco.

El relato que va hilvanando Zenobia le permite volver a encontrar su propia identidad perdida o extraviada, esto es, su condición de mujer excluida; porque de alguna manera le hace posible reconfigurar una existencia y experiencia temporoespacial confusa y sinsentido. Su relato va organizando y llenando de sentido lo vivido por ella, permitiéndole conectarse con el presente.

El otro es fundamental en la confesión, desde la mirada zambraniana. Porque, sin duda, es necesario contar-se pero no suficiente, es imprescindible el semejante-el interlocutor que escuche atento el relato y lo colme de sentido. Si la confesión es íntima apertura, lo relacional es clave. El otro es prioritario, ya que sin el dirigirse a alguien, el relato no tendría sentido<sup>22</sup>. La acción narrativa de *La Zarpa* cumple su cometido al constituirse en confesión, como género literario. Zenobia adquiere su identidad narrativa de excluida – por ser una mujer fea y por su condición social- al

---

<sup>21</sup> María Teresa Russo (2001), María Zambrano, intérprete de San Agustín en: *Aurora Papeles del Seminario María Zambrano*, N°3. Barcelona: Universitat de Barcelona, p.71.

<sup>22</sup> Ricoeur le da, por el contrario, un papel central al relato en cuanto a la reconstrucción de la identidad, especialmente por el proceso de cambio que se da en el tiempo.

confesarse ante el cura. Esto último, puede ser reflejado en la propia voz de Zenobia, de esta manera:

Me reclamó que no la buscara, aunque ella siempre me mandaba postales europeas y tarjetas de navidad. Me dijo que el próximo domingo el chofer iría a recogerme para que almorzáramos en su casa. Cuando llegamos, por cortesía la invité a pasar. Y aceptó, Padre, imagínese, aceptó. Ya se figurará la humillación que fue mostrarle mi departamento a ella que vivía entre tantos lujos y comodidades. Por limpio y arreglado que lo tuviera aquello era el mismo cuchitril que conoció Rosalba cuando andaba también de pobretona. Todo tan viejo y miserable que por poco me suelto a llorar de rabia. No se quedó mucho tiempo. Iba a una fiesta en la embajada francesa y tenía que ir a vestirse. El domingo se presentó el chofer. Estuvo toca y toca el timbre de mi departamento. Lo espí por la ventana y no le abrí. Qué iba a hacer yo, la fea, la gorda, la quedada, la solterona, la empleadilla, en ese ambiente de lujo y de riqueza. Para qué exponerme a ser comparada de nuevo con Rosalba. No seré nadie pero tengo mi orgullo, Padre,

Zenobia la doblemente excluida –por pobretona y fea como ella misma se autodefine- encuentra en el cura al otro capaz de recogerla en su deambular y errancia por México, oprimida por la carga de su propia vida indefinida, amorfa e invisible ante la vista de todos. Nadie le ve, nadie le oye. Porque, en palabras de la filósofa malagueña, *“el ser visto es requisito indispensable de verse a sí mismo. Nos vemos en otro sólo cuando alguien ha recogido nuestra historia, la historia de nuestras penas, de nuestro contento y de nuestro fracaso, entonces nos sabemos nosotros mismos. ¿Cómo conocerse si no nos conoce nadie”*.<sup>23</sup> Pudiera decirse que es también José Emilio Pacheco como autor quien nos la da a conocer. Al escribir *La Zarpa* le ha permitido adquirir una identidad narrativa, ha convertido en un rostro a esa mujer que tropezamos sin mirarla en muchas esquinas de Ciudad de México o de Caracas.

La confesión ha cumplido su objetivo al presentarse Zenobia ante el cura y relatar lo vivido por ella, porque su vida logra esclarecerse y su yo ya se ha hecho transparente a sí misma. Porque es la acción misma de descubrirse ante la mirada del otro, de salirse de sí, de dejarse ver, lo que en verdad es decisivo; luego está el complemento, el relato mismo. Y por eso allí está ella, plantada delante del cura, mostrándose por vez primera, sintiéndose mirada y recogida por él:

Padre, las cosas que habrá oído en el confesionario y aquí en la sacristía... Usted es joven, es hombre, y le será difícil entenderme. No sabe cuánto me apena quitarle el tiempo con mis problemas, pero ¿a quién si no a usted puedo confiarme?... De verdad no sé cómo empezar.

Al realizar la confesión el “yo” de Zenobia habiéndose hecho transparente a ella misma, se hace también transparente a los demás. El acceso a la verdad, o en palabras de Zambrano el entrar en realidad<sup>24</sup>, se inicia en ella en la soledad, pero termina en la comunión, en el encuentro con el otro. De esta manera, su cerrazón, su angustia, se disuelve. Zenobia a través de la confesión ha nacido (en la dirección de la desesperación a la esperanza) como sujeta, y ha encontrado su centro unificador en

<sup>23</sup> María Zambrano (1995), Seis personajes en busca de autor” en: *Las palabras del regreso*, Salamanca: Amarú, p.131.

<sup>24</sup> Véase María Zambrano (2001). *La confesión: género literario*. Madrid: Siruela.

su interior, como mujer interior, no siendo ya un objeto cualquiera del mundo, puede ya tener rostro<sup>25</sup>, tener nombre propio.

En la confesión-relato de Zenobia hemos visto desplegar su camino, el transcurso de su viaje, nutrido por un saber de experiencia, creado y re-creado a la sazón del viaje mismo, el cual ha afectado profundamente su pensamiento y sus sentimientos.

Zenobia como mujer experimenta el conflicto interior, que señalaba Zambrano del hombre de San Agustín, entre lo que es ella y lo que quiere ser. Sin embargo, como mujer latinoamericana, no vive como el hombre de San Agustín dos mundos, sin que habite plenamente ninguno<sup>26</sup>, que al decir de la Zambrano es el paradigma de la cultura europea<sup>27</sup>. Zenobia vive –como excluida que es- en un mosaico de mundos-ciudades y la ciudad ideal no existe, ni puede soñarla, ella tendrá con su mente, su corazón y sus manos en comunión con sus semejantes imaginarla y construirla, con las ruinas de sus antepasados y desde el horizonte histórico de su presente.

Sólo nos resta que leamos-escuchemos *La Zarpa* completa:

---

## La Zarpa

### José Emilio Pacheco.

Padre, las cosas que habrá oído en el confesionario y aquí en la sacristía... Usted es joven, es hombre, y le será difícil entenderme. No sabe cuánto me apena quitarle el tiempo con mis problemas, pero ¿a quién si no a usted puedo confiarme?... Debe verdad no sé cómo empezar. Es pecado alegrarse del mal ajeno. Pero todos lo cometemos ¿no es cierto? Fíjese usted en la alegría que al ver un accidente, un crimen, un incendio, sienten los demás porque no fue para ellos al menos una entre tantas desgracias de este mundo.

Usted no es de aquí, Padre. No conoció a México cuando era una ciudad agradable, preciosa, muy cómoda, no la monstruosidad tan terrible de ahora. Una nacía y moría en la misma colonia sin cambiarse nunca de barrio. Éramos de San Rafael, de Santa María, de la Roma... Nada volverá a ser igual... le estoy quitando el tiempo, perdóneme. No tengo con quien hablar y cuando hablo... Ay padre que vergüenza, si usted supiera jamás me había atrevido a contarle esto a nadie... Bueno, ya estoy aquí. Después me sentiré más tranquila.

Mire, Rosalba y yo nacimos en edificios de la misma calle y con apenas tres meses de diferencia. Nuestras madres eran muy amigas. Nos llevaban juntas a la Alameda y a Chapultepec. Juntas nos enseñaron a caminar, a hablar y a leer... mi primer recuerdo de ella es de cuando entramos en la escuela de parvulitos. Desde

---

<sup>25</sup> Rostro en el sentido de Levinas. Aun cuando en una dirección distinta, porque de acuerdo con Zambrano diríamos, que el rostro se hace visible al descubrirse en el acto de la confesión (en tanto que método, viaje, saber de experiencia que afecta el pensamiento y los sentimientos); mientras que en Levinas, por el contrario, el rostro del otro es quien me demanda, me ubica, me hace responsable de él y me constituye como un ser esencialmente ético. Véase E. Levinas (1999). *Totalidad e infinito. Ensayo sobre la exterioridad*, Salamanca: Sígueme.

<sup>26</sup> Esto es, el mundo en que vive y el otro, el de la *Ciudad Ideal* hacia la cual orienta sus sueños.

<sup>27</sup> Véase María Zambrano (2000), *La agonía de Europa*, Madrid: Trotta; y Más sobre la “Ciudad de Dios” en: *Hacia un saber sobre el alma*, Madrid: Alianza.



entonces Rosalba fue la más linda, la más graciosa, la más inteligente. Le caía bien a todos, era buena con todos. En primaria y secundaria lo mismo: la mejor alumna, la que llevaba la bandera en las ceremonias, la que bailaba, actuaba o recitaba en los festivales de la escuela. “No me cuesta trabajo estudiar” decía, “me basta oír una sola vez algo para aprendérmelo de memoria”.

Ay, padre, ¿por qué las cosas están tan mal repartidas, por qué a Rosalba le tocó todo lo bueno y a mí todo lo malo? Fea, bruta, gorda, pesada, antipática, díscola, malgeniosa, en fin... Ya se imaginará lo que nos pasó al entrar a la Preparatoria cuando casi ninguna llegaba hasta esos estudios. Todos querían ser novios de Rosalba. A mí ni quién me echara un lazo, nadie se iba a fijar en la amiga fea de la muchacha guapa.

En un periodiquito estudiantil publicaron una nota. Aquí tiene el recorte: “Dicen las malas lenguas de la prepa que Rosalba anda por todas partes con Zenobia para que el inmenso contraste haga resplandecer aún más su belleza única, extraordinaria, incomparable”. Es anónima pero sé quién la escribió. No se lo voy a perdonar nunca aunque ahora sea muy famoso y muy importante.

Qué injusticia ¿no cree? Nadie escoge su cara. Si una nace fea por fuera la gente se las arregla para que también se vaya haciendo fea por dentro. A los quince años, padre, ya estaba amargada, odiaba a mi mejor amiga y no podía demostrarlo porque ella era siempre buena, amable, cariñosa conmigo. Cuando me quejaba de mi fealdad me decía: “Que estupidez Zenobia, como puedes creerte fea con esos ojos tan grandes y esa sonrisa tan bonita que tienes”. Era sólo la juventud. A esa edad no hay quien no tenga una gracia. Desde un principio mi madre se había dado cuenta del gran problema que significaba para mí Rosalba. Trataba de consolarme diciendo cuánto sufren las mujeres hermosas y que fácilmente se pierden....

Yo quería estudiar derecho, ser abogada, aunque entonces daba risa que una mujer anduviera metida en trabajos de hombres. Pero no me animé a entrar en la Facultad de Leyes sin Rosalba. No en balde habíamos pasado juntas toda la vida. En cuanto salimos de la Preparatoria se casó con un muchacho bien de la colonia Juárez que se enamoró de ella en una kermés. Contra la oposición de sus padres, que eran dizque aristócratas porfirianos, se la llevó a vivir nada menos que al Paseo de la Reforma en una casa elegantísima que demolieron hace mucho tiempo.

Yo me quedé arrumbada en el mismo departamento donde nací, en las calles de Pino, mientras Santa María comenzaba a venirse abajo, a perder la elegancia que tuvo a principios de siglo. Para entonces mi madre ya había muerto en medio de sufrimientos terribles, mi padre estaba ciego por sus vicios de juventud, mi hermano era borracho que tocaba más o menos bien la guitarra, hacía canciones sobre artistas y prostitutas y ambicionaba ser tan rico y famoso como Agustín Lara. Pobre de mi hermano: acabaron matándolo en un tugurio de Nonoalco.

Tanta ilusión que tuve y me vi obligada a trabajar desde los diecisiete años en el Palacio de Hierro. Desde luego Rosalba me invitó a su boda pero le dije que no tenía nada que ponerme y no fui. Pasamos mucho tiempo sin vernos. Un día llegó a la sección de ropa íntima, me saludó como si nada y me presentó a su nuevo esposo, un extranjero que apenas entendía el español.

Estaba, Padre, más linda y elegante que nunca, en plenitud como suele decirse me sentí tan mal, Padre, que me hubiera gustado verla caer muerta a mis pies. Y lo peor, lo más doloroso, era que Rosalba, con todo su dinero y los años vividos en Europa y en no sé cuántas partes, seguía tan amable, tan sencilla de trato como siempre.

Le prometí visitarla en su nueva casa de Las Lomas. No lo hice nunca. Por las noches rogaba a Dios no volver a encontrármela. Me decía a mí misma: Rosalba nunca viene al Palacio de Hierro, ella compra su ropa en los Estados Unidos, yo no tengo teléfono, no hay ninguna posibilidad de que nos veamos de nuevo. Para

entonces casi todas nuestras amigas se habían alejado de Santa María. Las que se quedaron estaban gordas, llenas de hijos, con maridos que les gritaban y les pegaban y se iban de juerga con mujeres de ésas. Para vivir así mejor no casarse. Y no me casé aunque oportunidades no me faltaron. Hay gustos para todo y por más amolados que estemos siempre viene alguien a nuestra espalda recogiendo lo que tiramos a la basura.

Se fueron los años. Una noche yo esperaba mi tranvía bajo la lluvia cuando la vi en su gran Cadillac, con chofer de uniforme y toda la cosa. El automóvil se detuvo ante un semáforo. Rosalba me descubrió entre la gente y se ofreció a llevarme. Se había casado por cuarta o quinta vez, aunque parezca increíble. A pesar de tanto tiempo, gracias a sus esmeros, seguía siendo la misma de la Preparatoria: su cara fresca de muchacha, su cuerpo esbelto, sus ojos verdes, su cabello precioso, sus hoyuelos, sus dientes perfectos...

Me reclamó que no la buscara, aunque ella siempre me mandaba postales europeas y tarjetas de Navidad. Me dijo que el próximo domingo el chofer iría a recogerme para que almorzáramos en su casa. Cuando llegamos, por cortesía la invité a pasar. Y aceptó, Padre, imagínese, aceptó. Ya se figurará la humillación que fue mostrarle mi departamento a ella que vivía entre tantos lujos y comodidades. Por limpio y arreglado que lo tuviera aquello era el mismo cuchitril que conoció Rosalba cuando andaba también de pobretona. Todo tan viejo y miserable que por poco me suelto a llorar de rabia.

También Rosalba se entristeció. Nunca antes había regresado a los lugares de su niñez. Hicimos recuerdos de entonces y de repente se puso a contarme qué infeliz se sentía. Por eso, Padre, y fíjese quién se lo dice, no debemos envidiar a nadie: nadie se escapa, la vida es igual de terrible para todos. La tragedia de Rosalba era no tener hijos. Los hombres la ilusionaban un ratito y enseguida, decepcionada, aceptaba algún otro entre los muchos que la pretendían. Pobre, nunca la dejaron en paz, lo mismo en Santa María que en esos lugares tan ricos y elegantes que conoció más tarde.

No se quedó mucho tiempo. Iba a una fiesta en la embajada francesa y tenía que ir a vestirse. El domingo se presentó el chofer. Estuvo toca y toca el timbre de mi departamento. Lo espí por la ventana y no le abrí. Qué iba a hacer yo, la fea, la gorda, la quedada, la solterona, la empleadilla, en ese ambiente de lujo y de riqueza. Para qué exponerme a ser comparada de nuevo con Rosalba. No seré nadie pero tengo mi orgullo, Padre,

Este encuentro se me grabó en el alma. No podía ir yo al cine, ver la televisión, hojear revistas, porque siempre encontraba mujeres hermosas que se me parecían a Rosalba. Cuando en mi trabajo me tocaba atender a alguna muchacha que tuviera algún rasgo de ella la trataba mal, le inventaba dificultades, buscaba formas de humillarla delante de otros empleados para sentir que me vengaba de Rosalba.

Usted me preguntará, Padre, qué me había hecho Rosalba. Nada, lo que se llama nada. Eso era lo peor y lo que más furia me daba. Siempre fue buena y cariñosa conmigo pero me hundió, me arruinó la vida, sólo por ser, por existir tan hermosa, tan rica, tan todo...

Yo sé lo que es estar en el infierno, padre. Sin embargo no hay plazo que no se cumpla ni deuda que no se pague. Después de aquella reunión en Santa María esperé más de veinte años. Y al fin hoy, Padre, esta mañana, la vi en la esquina de Madero y Palma. Primero de lejos, después de muy cerca. No puede imaginarse, Padre: ese cuerpo maravilloso, esa cara, esas piernas, esos ojos, ese pelo color caoba, se perdieron para siempre en un tonel de manteca, bolsas, manchas, arrugas, papadas, várices, canas, maquillaje, colorete, rimel, dientes falsos, pestañas postizas...

Me apresuré a abrazarla y a besarla. Había acabado lo que nos separó. No importaba lo de antes. Ya nunca más seríamos una la fea y otra la bonita. Ahora Rosalba y yo somos iguales. Ahora la vejez nos ha hecho iguales.